

dos de que iban dirigidas en su caño. El rey deseaba más que nadie las novedades, pero inepto para iniciarlas, vacilante en sostenerlas, se hizo mujer para caminar con igual paso que María Antonieta, cuando se necesitaba la resolución de un héroe. Tampoco el clero rechazó las reformas hasta que se vió atacado, no solo en sus bienes, sino en su organizacion. Por su parte la clase média exhalaba justos lamentos y manifestaba deseo de mejoras; tenia teorías fijas, era benévola con la plebe, respetuosa con el rey; pero como vió á este espiar el momento de disolver la Asamblea aprovechándose de sus discordias, como observó que los nobles por despecho votaban siempre lo peor, resolvió obrar por sí misma, y persuadida de su fuerza se preparó á reformar por sí sola la sociedad.

Nada mas generoso que el primitivo juramento; nada mas magnífico que los primeros pasos en esta carrera de la reforma: aquella Asamblea fué ciertamente la mas pura y magnánima, y su memoria durará perpetuamente. Compuesta de lo mejor de Francia, sus decisiones aprovecharon para el porvenir, no solo de aquel país, sino del mundo. Audaz al mismo tiempo que moderada, entre la ambicion de los unos y la tenacidad de los otros, dió á conocer á la nacion sus derechos, de los cuales no tenia esta sino una idea vaga, y enseñó al rey sus deberes, aunque apoyándolo. Pero de las reformas que la Asamblea llevó á cabo, las mejores estaban prescritas en los mandatos, de los cuales se excedió creando un rey constitucional de quien desconfiaba continuamente: estableció que ninguna religion es ley, por lo tanto que ninguna religion es delito; perturbó las conciencias con la desgraciada constitucion del clero, y con medidas ni justas ni necesarias que prepararon las futuras persecuciones. Su inexperiencia la hacia proceder de modo que con frecuencia no dejaba la eleccion sino entre dos partidos igualmente peligrosos: con el ímpetu de las reformas dió pábulo á los desórdenes de la plaza; en una Revolucion dirigida contra la arbitrariedad, introdujo en todo la arbitrariedad por la poca firmeza de los hombres que pretendian dirigirla; empeñada en derribar los obstáculos que á menudo exageraba, no advirtió que para destruir su obra bastaba solo imitar su ejemplo. Bien conocemos que los hombres envueltos en una Revolucion no dominan las circunstancias como puede hacerlo el estadista en su bufete, y que difícil siempre la dominacion, es difícilísima en la tempestad; pero la Asamblea cedió con demasiada frecuencia á los facciosos, y falta de aquel valor de todos los momentos que es la gloria del legislador y del magistrado, se doblegaba á la opinion expresada por un charlatan de plaza ó de conventículo.

Muy pronto las pasiones y la inexperiencia la extraviaron: en vez de la fraternidad universal, adoptó y decretó exclusiones odiosas; manifestó contra el clero todos los recelos del antiguo gobierno y envileció al trono con sospechas, y con

la cólera de los partidos formó una constitucion que era una venganza contra la monarquía.

El tener tantos empleos que llenar, que dar, que prometer, lisonjeaba la vanidad, sentimiento eficazísimo en aquella Revolucion, y se olvidó que un gobierno para promover el interes público necesita fuerza, y bien poca le deja quien le quita la eleccion de sus agentes. Los poderes vitalicios parecian incompatibles con la soberanía popular, si bien la movilidad hacia que se perdiesen la experiencia y el largo estudio necesarios á los jueces, y el tiempo demostró que la inamovilidad de estos es mejor garantía que la eleccion; pero entónces se proclamaba que el pueblo soberano era infalible, como en otro tiempo se decia de los reyes. Excluyendo á sus individuos de los consejos del rey y á los ministros de las discusiones legislativas, impidió la union del poder monárquico con la representacion nacional, que es la esencia de los gobiernos parlamentarios. Dando al pueblo la eleccion de todos los empleos, y hasta la de los agentes del rey, constituyó el desórden administrativo al lado del desórden del gobierno, complaciéndose en humillar á la corona con despojarla de todo medio de accion.

Al abrirse la Asamblea, el rey lo podia todo y el pueblo nada: al cerrarse, el pueblo era el que decidia y el rey se limitaba á ejecutar, viéndose reducido al papel de magistrado hereditario con una pension de 30 millones de francos, el veto, el ejército, y el nombramiento de los altos empleos judiciales y administrativos. Pero prescindiendo de la existencia de una sola cámara, porque no se habia tolerado entónces ni aun la sombra de aristocracia, ¿qué venia á ser la monarquía cuando al poder ejecutivo no se le habia dejado iniciativa alguna en la proposicion de las leyes, ni derecho para disolver la cámara y apelar al país, ni la sancion de los decretos sobre impuestos, ni el nombramiento de jueces y funcionarios civiles y militares, á excepcion de muy pocos, ni la facultad de suspender ó destituir á un empleado revoltoso, prevaricador ó traidor (1)? Hallábanse en completa independencia del poder ejecutivo un millon trescientos mil agentes encargados de la ejecucion de las leyes y delegados directos del pueblo: anarquía que por reaccion debia producir despues la centralizacion tiránica del comité de salud pública y la del Imperio.

Si despues de destruido lo antiguo y sembrado todo lo nuevo que luego fructificó, la Asamblea hubiese comprendido que no bastaba declarar derechos abstractos, ni tampoco poner al país en posesion de derechos positivos, sino que

(1) De aquella constitucion decia Malouet: « No hay mas constitucion libre que la que pone término á una Revolucion y que es propuesta, aceptada y ejecutada con formas sagradas, libres y justas. Todo lo que se hace y se desea con pasión antes de haber llegado á este punto de reposo, ya se mande, ya se obedezca al pueblo, bien se pretenda adularlo, bien engañarlo, ó bien servirlo, es efímero y desaparece al primer soplo del viento. »

también era necesario proporcionarse los medios de asegurar el goce de estos derechos y de robustecer el poder social, la posteridad habria bendecido sus esfuerzos. Pero en vez de esto comenzó con un absurdo, y se dejó arrastrar tras una larga anarquía: confiscando los bienes del clero y de los emigrados, atacó la propiedad; con los asignados arruinó el crédito; con el divorcio y con abolir la autoridad paterna y los derechos de primogenitura atacó la familia; con la supresion de los gremios y maestrías dejó aislado al operario: medidas todas al parecer fundadas en razon y que hoy vemos adónde condujeron al país.

Barnave y los prudentes aconsejaban al rey que se mantuviese fiel á la constitucion, y Luis parecia resuelto á seguir este consejo. Asi la Asamblea nacional constituyente se disolvió (30 de setiembre de 1791) declarando terminada la Revolucion, cuando lo que se hacia era disolver el único cuerpo que podia aun dirigirla y contener los delirios de unos cuantos locos.

### CAPÍTULO III

Asamblea legislativa. — Política exterior. — La Convencion.

Girondinos  
nos  
y  
jacobinos.  
nos.  
1791.  
10 de  
octubre.

Á la Asamblea constituyente sucedió la Asamblea legislativa, dirigida por la metafísica de Condorcet como aquella lo habia sido por la de Sieyès. En la derecha no se sentaba ya ningun noble, ni aun los animosos y valientes de la Asamblea nacional, sino solo algunos partidarios de esta llamados *constitucionales*, á cuya cabeza estaba La Fayette, que habia renunciado el mando de la guardia nacional, como Bailly la presidencia del ayuntamiento, y pretendia mantener la balanza entre el rey y el pueblo elevando la libertad sobre los partidos. Los diputados de la izquierda repetian que se habia hecho poco y lentamente, exaltados como estaban por la oposicion y por el deseo de adelantos no probados en la piedra de toque de la experiencia. Estos, por ser sus principales campeones diputados del departamento del Gironda, fueron llamados *girondinos*. Eran sus jefes Condorcet, el progresista republicano, y Brissot, partidario del materialismo de Helvecio, predicador del individualismo y del Contrato social, esto es, de la adhesion de todos, que por consecuencia creía la ley ménos lejana del derecho cuando era votada por el municipio, y opinaba por tanto en favor de la absoluta descentralizacion. En esto consistia la teoría de los girondinos, hombres cultos, intrépidos en la lógica materialista del tiempo, que tenian por justo todo lo que era político, y que compitiendo con los jacobinos para captarse el favor popular, se lanzaban por vías tortuosas y extremas, envidiosos de la corte, temerosos del pueblo, demasiado amantes de sí propios para amar á la patria. Inspirábalos madama Roland, jóven y

Los girondinos.

La Asamblea.

hermosa, inflexible en sus ideas romanas, y que en torno suyo sin desdecir de la igualdad republicana, mantenía una elegancia y una cortesania que ya estaban olvidadas en todas las demas naciones.

Contraria á estos, la escuela *puritana*, exenta de ideología, conocia los abusos y queria desarraigálos, sin consideracion al órden social y mirando la Revolucion como una aplicacion rigurosa de los cánones filosóficos. Los girondinos veían la república en el gobierno de cada cual por sí propio, los puritanos ó jacobinos en la dictadura: aquellos querian quitar su predominio á Paris, estos reducirlo todo á una indestructible unidad: los primeros, como representantes de ciudadanos educados por filósofos, eran adictos á la propiedad, mediante la cual se ejercía el derecho individual; los proletarios por su parte pedían la nivelacion con el ánsia fiera de vengar la opresion sufrida y medrar en la sociedad (1). Vergniaud opinaba que « la conservacion de la propiedad era el primer objeto de la union social, y que sin ella no habia libertad, » mientras Robespierre y los jacobinos sostenian que la propiedad traía su origen de la soberanía. Los girondinos, discípulos de Rousseau, literatos, metafísicos, deprimieron el trono cuando formaron la izquierda de la Asamblea legislativa: despues, formando la derecha de la Convencion quisieron deprimir la montaña; no aceptaron las duras necesidades de la justicia social; no osaron admitir aquellas providencias ásperas y violentas que quizá eran inevitables para salvar la Francia; protestaron contra los ultrajes que recibía la humanidad; pero siendo esencialmente clásicos, ni aun ellos comprendieron el sentimiento religioso, hablando de virtud cuando negaban á Dios, de quien únicamente procede el significado de esta palabra, y ensalzando la libertad al paso que rechazaban la justicia eterna, única que la puede vindicar. Por tanto entre los puritanos era el primero el hombre de accion aunque fuera Marat; entre los girondinos el orador, de que fué ejemplo Vergniaud, elocuente como Mirabeau y mas noble que él, cuya lírica palabra no se enardecía en las combinaciones de la política, sino que tomaba su fuego del de un corazon apasionado; negaba los derechos naturales y sostenía que todos los individuales están por bajo del social, pero era el único que desplegaba una elocuencia moderada, al paso que la de los demas era frenética de calumnia y sangre.

Creció entónces la importancia de los clubs, contenidos hasta aquella época ó por consideraciones de respeto ó por lealtad; reuniones en que se hablaba á la imaginacion no á la razon, y que por tanto prevalecian sobre todo sistema moderado. El club de los jacobinos votaba y deliberaba á voluntad de Robespierre; Danton,

(1) Sin embargo, Brissot fué el autor de la fórmula hoy resuscitada: *La propiedad es un robo.*

Escuela puritana.



franco y descarado, reunía á los mas corrompidos y venales en el club de los Franciscanos; el vulgo aplaudía como siempre á quien adulaba sus pasiones, y las nobles frentes de los girondinos debieron doblegarse ante desnudos brazos.

Inmediatamente despues comenzó la reaccion en el exterior. Los reyes de Europa, á excepcion del de Inglaterra, eran absolutos, no tiranos; aspiraban á mejorar, pero pacífica y sucesivamente, procediendo de alto á bajo. Envidiosos de la grandeza de Francia, no habian visto con desagrado la Revolucion, que debilitando á los Borbones, abría campo para nuevas conquistas; pero muy pronto conocieron que aquella agitacion, que ellos creían pasajera y local, era constante y expansiva; en breve notaron que no se reducía á una discusion política, sino que ofrecía un peligro social, pues que proclamaba máximas tan espantosas para los tronos como halagüeñas para los pueblos, tratando de introducir en la sociedad un tercer estado hasta entónces desconocido, de examinar el derecho de los nobles, de los fuertes, de los ricos, y de resolver el teorema de la conquista, ya que Sieyès habia proclamado que *si el fuerte llega á oprimir al débil, produce un hecho, no una obligacion*. En suma, los reyes vieron que en Francia se discutía la suerte de todos los Estados. Por otra parte, el buscar prosélitos era uno de los caracteres de aquella Revolucion, y personas expresamente elegidas al efecto recorrian los diversos países difundiendo los principios revolucionarios, estableciendo inteligencias, fundando sociedades secretas, mientras que públicamente se protestaba que no trataba la Francia de hostilizar á nadie y que respetaría á todos con tal que fuese respetada.

Política exterior.

Federico Guillermo de Prusia, merced á las turbulencias de Holanda, habia contraído alianza con Inglaterra, y para humillar á Rusia y Austria, atizaba contra ambas el odio de la Puerta ofendida, de la Polonia desmembrada y del caballeresco Gustavo de Suecia. En efecto, en Polonia se reorganizó la faccion contraria á los Rusos y se reformó la constitucion bajo la garantía y la alianza de Prusia; pero todo fué en vano. La Rusia hizo la paz con la Turquía, consolidó su dominio en el Mar Negro, cuyos puertos de Odessa y Querson prosperaron pronto y notablemente, y tuvo la ventaja de que en aquella guerra se formasen los valientes generales Suwarof y Coburgo. Despues habiéndose reconciliado con Gustavo, que la habia hecho temblar, invadió la Polonia; y Prusia cambiando de parecer, la auxilió para aniquilar aquel reino, cuyos campeones fugitivos no pudieron ya hacer mas que ofrecer sus brazos á Francia para sostener en aquel país una libertad que en su patria habian perdido.

La Francia, aliada de la Turquía y teniendo un ventajoso tratado de comercio con la Rusia, esquivó las ocasiones de declararse por una ó por otra. La Holanda, su aliada, habia tenido que humillarse al yugo del estatúder, y los

Países Bajos, que estaban armados contra la opresion austriaca, y á quienes habian dado ánimo los movimientos de Francia, no encontraron apoyo en nadie.

Leopoldo II, hermano de María Antonieta, asustado de los progresos de la Revolucion, se esforzó todo cuanto pudo en poner término á las disensiones de los monarcas; pero en vez de aprovecharse de la alianza inglesa que le habia dejado su predecesor, hizo las paces en Reichenbach con la Prusia, para excitarla contra los revolucionarios franceses.

Á la verdad la Francia habia declarado, y aun consignado en su constitucion, que renunciaba á toda conquista exterior, y para no inspirar recelos al Austria, no quiso tampoco dar oídos á los diputados de los Países Bajos; pero entretanto habia declarado reunidos á su territorio la Córcega, cedida en prenda por los Genoveses, el territorio Venesino y el de Aviñon, prometiendo una compensacion al papa. En cuanto á los señores alemanes, que pretendian fuesen respetados en Alsacia y Lorena sus derechos feudales, cuando en todos los demas puntos estaban abolidos, debian darse por muy contentos si se les prometia un resarcimiento. Ademas, Francia se habia atraído la enemistad de los reyes con los dogmas revolucionarios, con la declaracion de los derechos del hombre, con la abolicion de la aristocracia, con restringir el absolutismo real por medio, no de un Senado aristocrático, sino de una representacion nacional.

Los príncipes y nobles franceses emigrados habian fijado el centro de las tramas interiores y exteriores en Coblenza, donde esperaban los auxilios de las potencias del Norte; otros, fiándose en sus propias espadas, se reunian en el Piamonte, en Suiza y en España para combatir por la parte del Mediodía; hizose moda, y moda honrosa, el emigrar, no ya individualmente, sino como asunto de corporacion; y mientras los emigrados con sus envidias y sus altas pretensiones se debilitaban por sí mismos, en lo interior eran causa de que se multiplicasen los sospechosos y las victimas, multiplicando tambien las intrigas, las fiestas, el lujo y los proyectos. Con el pretexto de que el rey no tenia ya la voluntad libre, se negaban á toda obediencia: en vano Luis, de su propio puño, les escribió que se dispersáran, anunciándoles que de otro modo ponian en peligro su vida; no dieron oídos al rey preso, y á título de realistas hacian lo que se les antojaba. Pero los gabinetes extranjeros no secundaban su impaciencia y sus armamentos, ántes bien trataban de evitar la guerra, y querian no tanto promover una Restauracion, como quedarse entre las garras con alguna parte, aunque fuese pequeña, del país. Los Condé, puestos á la cabeza de los emigrados, eran personajes sin experiencia: el conde de Artois no entendia de armas, y habiéndole regalado Catalina II en Petersburgo una espada para que como *Enrique IV se*

abriese con ella el reino de Francia, él la vendió en Lóndres en 4,000 libras esterlinas para socorrer á los emigrados.

Gustavo de Suecia ardía en deseos de capitanear una expedicion contra Francia, pero su país estaba muy remoto para ello, y un asesino lo sorprendió mucho ántes de que pudiese idear los medios. Catalina II tenia todavía que hacer en Polonia y se contentaba con escribir de su puño consejos á María Antonieta diciéndole, « que los reyes debían seguir su camino, cuidándose de la gritería del pueblo como se cuida la luna del ladrido de los perros (1). » La Prusia, que siempre habia tenido igual interes que Francia, se unió á su declarada enemiga y formó en Pílnitz (27 de agosto de 1791) una *coalicion* con el emperador Leopoldo, declarando que la suerte de Francia importaba á todos los príncipes, y que por tanto debían estos ponerse de acuerdo para establecer en aquel país un gobierno conveniente á los intereses del trono y del pueblo. Para este objeto organizaron tropas y realizaron una union heterogénea en que los pueblos tenian bandera diversa que los reyes, y en la cual, siendo inmensa la desproporcion entre las fuerzas militares y los recursos, cada monarca se hallaba en la imposibilidad de operar mientras no recibiese auxilios extranjeros. La Inglaterra, que á todos los pagaba, tenia intereses diferentes de los de todos ellos. Austria y Prusia, mientras ostentaban generosidad como en guerra de principios políticos y sociales, convenian en secreto que aquella no pondría obstáculo á las pretensiones de esta sobre Polonia, y pedían á Francia nuevos países; así es que no pensaban realmente en sacrificios sino en conquistas (2). El conde de Provenza, aunque tan activo en busca de subsidios y armas y para hacerse reconocer como regente, jamas quiso ceder al Austria el Franco Condado, la Lorena, la Alsacia, ni la Borgoña; y despues cuando la casa austriaca trató de adquirir estos territorios por dote, casando al archiduque Carlos con la hija de Luis XVI, esta rechazó la propuesta de matrimonio y dió su mano á otro Borbon desterrado, que fué el duque de Angulema.

Los diplomáticos hasta entónces no habian progresado mas que en la astucia y en el refinamiento de intrigas secretas como los guerreros en la táctica, dirigiendo al mundo con la fuerza y la sagacidad, no con los principios y la justicia. Por tanto, en la Revolucion no vieron mas que una ocasion de aumentar sus res-

(1) CAMPAN, *Mémoires*, II, 106.

(2) El conde de La Mark, aunque todo del Austria, se indignó cuando esta potencia en 1793 condescendió en el nuevo repartimiento de Polonia. « Quelle inconséquence révoltante á la fois et digne de pitié! Les mêmes souverains, d'accord d'un côté pour déponner un souverain inoffensif et se partager ses Etats, et d'un autre côté se coalisant pour rétablir un autre roi dans la plénitude de ses droits, en proclamant des vues de modération et l'engagement de ne pas s'enrichir par des conquêtes! Quelle pitoyable dérision! Les conquêtes faites à la suite d'une guerre qu'on n'a pu éviter, ne seraient-elles pas plus justes que des actes de rapine et de vol, qui ne peuvent trouver ni prétextes ni excuses? »

pectivos territorios, ó cuando ménos de humillar á Francia. ¡Ciegos que ignoraban que no se trataba ya del mas ó del ménos, sino de existir ó no existir! Porque no tenian que habérselas con gabinetes y ministros, sino con un pueblo en revolucion que los arrojaba de su camino trillado. Sabian que Francia estaba desprovista de material de guerra; veían que los oficiales del ejército, todos nobles, emigraban, y no podían creer que ejércitos y héroes fuesen cosa que se improvisara. Sus imprudentes amenazas pusieron á Francia en armas, al mismo tiempo que se aumentaba la agitacion interior; los emigrados de Coblenza atizaban el fuego de esta agitacion, y la Asamblea respondía con decretos y confiscaciones quitando al rey los títulos y el trono y fulminando disposiciones contra el clero. Aviñon habia sido arrancada del yugo pontificio para ser entregada á la libertad, esto es, á Jourdan Cortacabézas que mandaba degollar á todos los descontentos. El grito de los derechos del hombre resonó en la colonia de Santo Domingo, y los Negros y los hombres de color se sublevaron matando á sus amos en nombre de Dios y de la libertad. En el Occidente de Francia se repitieron una y otra vez las insurrecciones cuya causa se atribuía al clero; y porque los curas que se habian negado á jurar, miraban á los demas como cismáticos y se llevaban á los habitantes de los pueblos para decir misa lejos de la vista de las autoridades, se les prohibió hasta el culto privado: exagerada precaucion de un gobierno amenazado por todas partes.

Luis opuso el veto á estos excesos; pero entónces se prescindió ya de las consideraciones que hasta aquel momento se habian guardado á la autoridad; Isnard decia: « Se nos habla de aumentar el poder de un rey, de un hombre cuya voluntad puede detener la de la nacion, de un hombre provisto de 30.000,000 de renta, mientras millares de ciudadanos perecen en la miseria. Se nos habla de admitir de nuevo la nobleza: aunque todos los nobles del mundo debieran atacarnos, los Franceses con el oro en una mano y el acero en la otra combatirán á esa canalla presuntuosa y la obligarán á someterse al suplicio de la igualdad. Hablad á los ministros, al rey, á la Europa como conviene á representantes de Francia. Decid á los ministros que estáis descontentos de ellos; que por responsabilidad entendedis la muerte. Decid á la Europa que respetaréis las constituciones de todos los imperios; pero que si se suscita una guerra de reyes contra la Francia, vosotros suscitareis una guerra de pueblos contra los reyes. »

Entre aplausos y abrazos se decreta invitar al rey á que exija de los príncipes de Alemania que dispersen la muchedumbre de emigrados reunida en las fronteras. Luis lo hace y organiza en ellas tres ejércitos mandados por Rochambeau, Luckner y La Fayette. Pero las vacilaciones del emperador Leopoldo irritan á los



Franceses; á su muerte, Francisco II, su sucesor (1792), exige que se restablezca la monarquía de 1789; la indignación estalla, pareciendo un atentado contra la soberanía nacional y una excitación á la guerra civil, la insultante pretensión de abolir una constitución jurada por el rey; por lo cual el ministerio girondino no puede evitar que se declare la guerra al rey de Bohemia y de Hungría. Así, pues, la Francia rompió las hostilidades (7 de febrero de 1792) porque fué provocada; los guardias nacionales solicitaron el permiso para marchar á esta guerra, y muchos generales se ofrecieron á tomar parte en ella, entre los cuales se encontraba Dumouriez, único hombre de carácter que militaba en las filas de los débiles girondinos, y que nombrado ministro de la guerra, se prometió acabar con facilidad la conquista de los Países Bajos, á la sazón sublevados. Pero he aquí que al primer encuentro el ejército revolucionario huye; la esperanza se muestra risueña con los reyes, y en breve á los Austríacos se unen los Prusianos, soldados veteranos de Federico, que esperan disipar en pocos momentos las turbas de reclutas franceses, poco numerosas y no muy provistas; por lo cual amigos y enemigos creen verlos en breve en París.

La humillación entónces envenenó los ánimos, y como sucede comunmente en los desastres, cada uno de los partidos atribuía la culpa al contrario. Dijose que los clérigos habian apelado al soberano, por lo cual se decretó que todo eclesiástico pudiese ser deportado cuando lo acusasen treinta ciudadanos. Los ministros, sacados alternativamente de los clubs predominantes, vigilaban todos los pasos del rey, denunciando como conspiración cualquier acto de adhesión al monarca, y una comisión de vigilancia se encargó de espiar hasta los suspiros de los ciudadanos. Continuamente se daban mueras á la reina y se pedía su cabeza en los motines que á cada momento invadían el palacio; el rey, no viendo delante de sí mas que un puñal ó la suerte de Carlos I, no se atrevía ya á usar del veto; mas dispuesto á sufrir que á querer, y no confiando sino en los emigrados, pasaba el tiempo en la inacción esperándolos.

De este estado de cosas se aprovecharon los demagogos, dirigidos por Robespierre y Danton. Robespierre, abogado de Arras, que siempre tenia en la mano á Rousseau, habia obtenido un premio por el elogio de Gresset, todo lleno de encomios, en que se alababa á los frailes, á Luis XVI y los pararrayos. Sus primeros años los pasó sin esplendor y sin contaminación, de buen humor, de honestas costumbres, todo cordialidad, sentimiento y cortesía. Estas cualidades, su estudiosa juventud, el haber ganado algunas causas ante los tribunales, su sincero amor á la patria le merecieron ser elegido diputado por Arras, y en la primera asamblea, donde apenas figuró, propuso la abolición de la pena de muerte. Hombre de semblante innoble, de voz hueca, verboso, adulador del pueblo, no haciendo nada,

censurándolo todo, mezclando siempre la propia alabanza con las adulaciones dirigidas al pueblo, fomentaba incesantemente los bajos sentimientos de ira y de recelos, movido de su miedo, de su espíritu de venganza, y especialmente de la envidia con que las medianías como la suya miran generalmente á toda persona superior. Desde el primer día de su elevación hasta el último no hizo mas que denunciar; hablando siempre de traidores, de nacionicidas, de bien público, queria mostrarse como el único hombre íntegro, pretendia « excitar el santo celo de la virtud, » y decia con insigne verdad: « Nunca se va tan léjos como cuando no se sabe adónde se camina. »

Danton, ignorante, pero imaginativo, atlético de cuerpo, pero brutal en sus pasiones, no envidiando á ninguno y creyéndose bueno para todo, anheloso de ejercitar sus facultades hasta entónces comprimidas, decia: *Sea maldito mi nombre, pero triunfe la libertad.* Conocido por él un gran fin, no manifestaba escrupulo en los medios, á diferencia de Robespierre que queria darse el aire de virtuoso. Este abrigaba infames rencores contra sus adversarios, al paso que Danton se apasionaba del objeto, pero era tolerante con los individuos. Fué el primero en proclamar que era necesario *inspirar miedo* á los aristócratas; por consiguiente no examinaba ni justificaba los sacrificios, bastándole para admitirlos creer que eran necesarios, y provocando medidas que adoptadas fuese imposible retroceder, y que venciesen la temible tibieza de la población. « En tiempos tranquilos, decia, » se perdona al reo por no herir al inocente; lo contrario sucede en la Revolución, la cual es » la sociedad que acelera su accion en todo, » hasta en la justicia. » Tal era su parecer, y por lo mismo hasta en medio de la matanza gritaba contra el moderantismo que decia iba á arruinar la Revolución. *Para triunfar, exclamaba, se requiere audacia, audacia y siempre audacia.* Como Mirabeau, influyó con el raciocinio sobre las pasiones, siendo capaz de aceptar sueldo, pero no de abandonar la causa á que se habia adherido: y sin embargo, falto de fe, no veía delante de sí mas que la nada.

Estos agitadores que violentamente representaban las pasiones mientras la Asamblea representaba débilmente la razon, enviaron emisarios á los departamentos meridionales gritando que la libertad perecía y que era preciso salvarla. Treinta mil plebeyos se presentaron en la Asamblea cantando el *ca ira* y bramando: *abajo el veto, vivan los descamisados.* Guiados por el cervicero Santerre, demagogo de voz tonante, invadieron el regio alcázar, rodearon á Luis, lo subieron sobre una mesa, y poniéndole un gorro colorado, le gritaron: « No mas veto, no mas » clérigos, no mas aristócratas: te engañan, » Luis, te engañan. »

Los fuldenses y La Fayette buscaron en vano algun camino para salvarlo. Vergniaud, exponiendo elocuentemente á la Asamblea los peli-

gros que amenazaban, propuso lo que ya todos decian en voz baja, que se declarase destronado al rey que no sabia atender á la salvacion pública.

Con la pagana declaración de que la patria estaba en peligro, quedó la salud del pueblo proclamada por ley suprema; constituyéronse en permanencia las sociedades patrióticas, armáronse todos los hombres, y se nombró una comisión de insurrección fomentada por Marat, médico de Neufchatel, que en el *Amigo del Pueblo* con tono de insolente familiaridad instigaba al derramamiento de sangre, y que ocultándose para evadir las persecuciones de la justicia, se vengaba con exageraciones del horror que causaba al público. Este hombre hablaba de millares de cabezas que debían ser cortadas, y decia: « Dadme doscientos Napoleones con capa y puñal, y recorriendo con ellos la Francia haré yo la Revolución. » Llegó á su colmo aquel furor al entrar los Marselleses en París, de quienes tomó el nombre la famosa canción de guerra, rugido de furor en que la voz, el paso, el gesto mismo, embriagaban de patriotismo, de ternura, de crueldad para postrar á los enemigos en el campo y en el patíbulo. Una insolente proclama contra Francia, lanzada por el duque de Brunswick, discípulo de Federico II, Sibarita y Espartano, francmasón, y sin embargo, general del ejército prusiano, acabó de concitar los ánimos; y los jacobinos prepararon una sublevación general dirigida por Danton, Collot d'Herbois, Billaud-Verrennes y Robespierre, el cual habria sido nombrado dictador, si hubiese tenido tanto vigor de ambición como tenia de odio.

Esta sublevación, prevista y no remediada, estalló el 10 de agosto: los Suizos y unos pocos Franceses leales á la antigua bandera defendieron las Tullerías; pero á Luis le faltó valor para montar á caballo y ponerse á su cabeza, y se refugió con su familia en el seno de la Asamblea, diciendo: « Vengo para evitar una gran catástrofe: siempre me creeré seguro » entre los representantes de la nacion, y aquí » permaneceré hasta que se restablezca la tranquilidad. » Y allí, bajo una lluvia de ironías y de desprecios legales (1), fué encerrado con los suyos en un mal aposento, desde donde, en la terrible espectación de diez y seis horas, entre el ruido del cañon, que alternativamente se acercaba y alejaba, y en presencia de enemigos que espiaban sus miradas como si fuesen delitos, vió perecer la monarquía, y se oyó declarar suspenso de sus funciones de rey. Entretanto, fuera de la Asamblea continuaba la carnicería: mujeres furiosas se mezclaron en la pelea; los Marselleses tomaron aun mayor parte en ella, y el cañon vomitaba continua-

(1) Viendo al pintor David y preguntándole si acabaria pronto su retrato, le respondió este: « No retrataré jamás á un tirano, á no ser teniendo delante de mí su cabeza separada del tronco. »

mente metralla contra los Suizos que se defendían como héroes, hasta que habiendo cesado el fuego por orden del rey, fueron degollados y las turbas penetraron en el palacio. La libertad desearia poder borrar de sus fastos los horrores de aquel día (1). Los jacobinos atribuyeron la culpa al rey; Danton pidió armas y una república en que todos, y hasta las mujeres, tuviesen voto. Marat gritó que todos eran traidores: Robespierre exclamó: « Ved en » movimiento la mas hermosa Revolución que » ha honrado á la humanidad, la única que ha » tenido un objeto digno del hombre, el de » fundar una sociedad política sobre los divinos » principios de la igualdad, de la justicia, de la » razon. ¿Qué otra causa podria inspirar á este » pueblo un valor tan sublime y paciente, y » producir prodigios y heroísmo iguales á cuantos la historia nos recuerda de la antigüedad? » El choque que ha derribado un trono, los » conmovió todos. » Los departamentos secundaron el pronunciamiento de París. Aquel terrible triunvirato propuso que se decretara: que todos los ciudadanos se retirasen á sus casas al toque de tambor; que se cerrasen los clubs; que se visitasen las casas de todos los ciudadanos, y se recogiesen las armas que se encontraran; que se prendiese á todo el que fuera hallado en casa ajena; que se abriesen á la fuerza y se pusieran bajo sellos las casas desocupadas; que se estableciera un cordon de tropas en París para que nadie pudiese huir, y entretanto que se llevaban á cabo estas medidas, un tribunal revolucionario comenzó á hacer indagaciones en las casas, á formar procesos y á publicar interminables listas de proseripcion.

Al rey, que habia sido conducido preso al Temple, no le quedó ya que hacer sino mostrar su valor para soportar los padecimientos. La

Prision del rey.

(1) Da horror el leer esta escena tan pintorescamente descrita en la *Historia de los Girondinos* de Lamartine, en que se revela la perversidad y la ferocidad llevada mas allá de lo que podría temerse de la parte de los canibales, y hasta de las fieras. Y luego da asombro el ver aquel poeta concluir con palabras de excusa, y hasta de entusiasmo, unas escenas que nos harían avergonzar de ser hombres, á no sentir en nosotros el estremecimiento de la indignación.

Granier de Cassagnac en la *Historia de los Girondinos*, en la cual opone la severa verdad á los idilios de Lamartine, describe « aquel hormiguero andrajoso, aullando, sangriento, andando, empujándose, zampando desde la bodega hasta el tejado. Se sofocaban, se desmayaban en aquella ardiente y asquerosa hornaza; abajo se oía á vino, arriba se oía á sangre. El primer pensamiento fué matar. Se pasó todo á cuchillo, soldados, ugieres, criados, friegasuelos, cocineros, marmítones. Á lo que no quedó ninguna criatura humana, se degollaron los perros. El segundo pensamiento fué robar. Se robó la ropa, la vajilla de plata, las joyas, los asignados (*assignats*), el dinero. El tercer pensamiento fué ensuciar, romper, destruir; algunos mozos de cordel se pusieron los vestidos de la consagración del rey; mujeres rabiosas se pusieron los vestidos de la reina: una, que jamas habia vivido mas que en chiribitiles, se acostó en su cama; se rompieron los espejos; se echaron los muebles por las ventanas y les pegaron fuego. Cuando se hubo concluido de matar, robar y romper, los mas refinados de aquellos vencedores quisieron llevar mas léjos los límites de la infamia y ferocidad humanas: asaron diez y siete Suizos con la lumbre de las grandes chimeneas, llenas de restos de sillas y mesas: pusieron el corazón de uno en aguardiente y lo comieron. »